



INTERPRETACIÓN ÉTICA DE OBRAS LITERARIAS (2)

En el número anterior, se continuó también llevando a los lectores nuevos aspectos de este apasionante tema. En el pasado mes de abril, la autora de esta sección, tuvo la posibilidad de impartir, en el Centro San Arnoldo Janssen, de la diócesis de Holguín, una conferencia sobre el tema del Amor, el Matrimonio y la Familia, con el apoyo de una selección de fragmentos de dibujos animados. A continuación, se ofrece a los lectores una sinopsis de esta conferencia, con el objeto de que puedan evaluar hasta qué punto este método puede ser aplicado a la formación de valores en las nuevas generaciones.

Comenzamos por el proceso del enamoramiento: Se dice (y suele repetirse hasta el cansancio) que este proceso comienza siempre por la atracción física. Esto es cierto en muchos casos, pero las excepciones son suficientes como para ser tenidas en cuenta. Como ejemplo de ello, empleamos la escena del dibujo animado “La Bella y la Bestia”, en que la inocente joven, arrodillada ante la puerta de la celda que mantiene prisionero a su padre, puede ver por primera vez a la Bestia. La impresión de rechazo y de terror que expresa su rostro, ha sido expresada con mano maestra por los diseñadores de esta magnífica película infantil. Y, sin embargo, poco a poco, con el trato diario, se irá estableciendo un encuentro interpersonal entre estos dos seres, en apariencia tan distintos. Así, veremos a la Bestia jugar-se la vida para salvar a la joven de los lobos, a pesar de que ésta ha violado la palabra empeñada, de que no intentará escaparse de él; ella por su parte, al ver a la Bestia herida y en muy malas condiciones, a causa de esa lucha, en vez de aprovechar esa situación para completar su fuga, renuncia a ésta para conducirlo al castillo y curar sus heridas, en justa reciprocidad. Es decir, afloran en esta secuencia los mejores sentimientos de ambos. Y, ¿qué diremos de la deliciosa escena en que la pobre Bestia, intentando complacer a Bella, trata infructuosamente de sostener un cubierto en su garra, a la hora de la cena, hasta que la joven, compadecida por su apuro, decide comer en la misma forma que él lo hace, para evitar que se sienta humillado? El amor erótico que pudiera existir (aunque no sea este el caso), o el amor de amistad, han quedado subordinados a una actitud de donación y de ayuda mutua.

La catarsis, como diría un psicoanalista, llega en la secuencia en que la Bestia logra vencer su instintiva ferocidad para dar de comer en su mano a los pajaritos, mientras que la Bella, contemplándole oculta tras un árbol, canta una canción cuyo estribillo es lapidario: ¡Yo no sé cómo es que antes no lo vi! Ya en este momento, cada uno de ellos ha encontrado en el otro un conjunto de cualidades que él (o ella) no tiene y que pueden llevarlo a la plenitud.

El final de esta historia está extraordinariamente cargado de simbolismo: el amor sincero, desinteresado y correspondido, convierte a la Bestia -¡por fin!- en un ser humano, después de poner de manifiesto lo mejor de su naturaleza interior; y redime todo el entorno, revelando la belleza escondida tras las meras apariencias.

Pero si de amor abnegado se trata, ¿qué mejor ejemplo se puede presentar a los adolescentes que esa princesa, salvada por el ogro de las garras del dragón, en la película “Shrek” (de Disney al igual que la anterior), que termina escogiendo vivir fea para siempre, con tal de no separarse del hombre (en realidad, del ogro) que ella ama y que ha demostrado amarla? A propósito, la escena en que esto ocurre, tiene demasiada similitud con la escena cumbre de “La Bella y la Bestia”, para ser casual; más bien, es un magnífico contraste.

En cuanto a la familia, esa institución de derecho natural, que constituye la base de toda sociedad, hay material abundante en los dibujos animados para analizar con niños y adolescentes. Comencemos con “Lilo y Stich”: la familia rota por la ausencia de los personajes clave (el padre y la madre), con la incompreensión y la casi ausencia de comunicación entre las dos hermanas, que acaban comprendiéndose, uniéndose y prohibiendo al maligno ser extraterrestre; cambiando su visión de las cosas y su comportamiento hasta el punto que, al llegar el dramático final, éste pide despedirse de ellas, diciendo: “Es mi familia; es pequeña y está rota, pero es buena”. Los problemas internos (y pudiéramos decir cotidianos) de la familia están presentes también en “El Rey León II” (el padre intolerante, que no acepta el amor entre su hija y el vástago de la manada enemiga o, por otra parte, la madre que no puede superar el rencor y el odio y educa así a sus hijos, llevándoles a una situación límite), o en “La Dama y el Vagabundo II” (el conflicto generacional causado por el hijo rebelde que busca su identidad personal por un camino equivocado). Como contrapartida tenemos “Mulan”; al principio, vemos a la hija amante que, tratando de salvar a su padre, imposibilitado de acudir a la guerra por su mala salud, se sacrifica partiendo en lugar de él, para ocupar su lugar y salvar su honor, desafiando todos los prejuicios de su época. Al final, cuando regresa a su casa convertida en una heroína y cargada de regalos y honores, escucha a su padre decir que “con tu regreso, hija, me basta para ser feliz”. Y, ¿qué mejor ejemplo de familia amante y abierta, a la cual le sobra amor para repartir a aquellos que por su orfandad han quedado privados de éste, que esos perros de “Los 101 dálmatas”, que al encontrar a sus hijos acompañados de casi un centenar



de perritos secuestrados, adoptan a todos esos cachorros abandonados?

Pero, si de familia se trata, todavía hay otros ejemplos en la producción de dibujos animados infantiles. ¿Recuerdan los lectores el aspecto de la casa de Gepeto, a la llegada de Pepito Grillo? El viejo artesano es, en apariencia, un solterón solitario; sin embargo, su relación (“ámbito”, le llamaría el filósofo y profesor Don Alfonso López Quintás y así prefiero llamarle también yo) con los animales afectivos (el gatico y el pecesito) y con las obras de arte, fruto de una auténtica creatividad, salidas de sus manos, equivale a una genuina relación familiar. ¡Ojalá los miembros de todas las familias de este mundo se llevaran como los de esa “familia” de Gepeto, que parten en busca del hijo perdido, aunque ello conlleve el riesgo de ser devorados por la ballena Monstruo!

Porque la familia es una escuela de humanismo, transmisora de valores humanos; una sociedad natural, primaria, anterior a cualquier otra institución humana, de tipo único, fundada en el amor de los esposos. Y este amor, al decir de nuestro pastor Jaime Ortega, no puede ser socavado por legislaciones o recomendaciones que creen una mentalidad de reclamos de uno frente al otro: entre los esposos,

o entre padres e hijos, o entre hermanos.

Es una pérdida sensible para nuestra sociedad el extravío de algunos valores fundamentales de la cultura nacional; y los que se relacionan con el amor, el matrimonio y la institución familiar, se encuentran en los primeros lugares. Si queremos una patria feliz, todos estamos comprometidos a proteger y promover estos valores. La enseñanza dirigida a niños adolescentes, con empleo de este método, les permite poner en juego su capacidad de análisis, su creatividad y arribar, por sí mismos, a la conclusión correcta. Sólo así, la inculturación de los valores será perdurable.

En el próximo número, prosiguiendo con este apasionante tema del análisis ético de obras literarias, esta sección ofrecerá a los lectores un estudio realizado por la Licenciada Hilda Santiesteban Badía (y presentado también, por ella, en la actividad referida anteriormente, en el Centro San Arnoldo Janssen) sobre la extraordinaria obra “El Principito”, de Antoine de Saint Exupéry.

¹ Licenciada en Pedagogía. Tutora-correctora del Instituto de Teología a Distancia Félix Varela. Asesora Pedagógica del Centro Juan Pablo II y Jefa de la Cátedra de Pensamiento y Creatividad Alfonso López Quintás.